

naturales y no puede trabajar de otro modo <sup>1</sup>. En la perversión del gusto, el enfermo trata ávidamente de tragarse todo aquello que de ordinario provoca la más profunda repulsión, es decir, es instintivamente reconocido como perjudicial y por esta razón rechazado: materias orgánicas en descomposición, basuras, pus, expectoraciones, etc.; en la perversión del olfato, prefiere los olores de podredumbre al perfume de las flores; en la perversión del sentido genésico, tiene deseos que son directamente contrarios al objetivo del instinto: la conservación de la especie; en la perversión del instinto de moralidad el enfermo se siente atraído y experimenta goces por actos que llenan al hombre sano de asco y de horror. Si esta aberración especial se añade al egotismo, nos encontramos no ya solamente frente á la indiferencia obtusa hacia el crimen, que caracteriza la locura moral, sino frente á la alegría saboreada en el crimen. El egotista de esta especie no es ya solamente insensible al bien y al mal é incapaz de discernirlos, sino que tiene una predilección decidida por el mal, lo estima en los demás, lo hace él mismo cuantas veces puede obrar con arreglo á sus inclinaciones, y encuentra en él la belleza propia que el hombre sano encuentra en el bien.

Según la clase social á la cual pertenece el egotista que padece ó no de perversión del instinto de moralidad, y según sus particularidades personales, su perturbación moral se manifestará naturalmente de un modo distinto. Miembro de la clase de los desheredados, es ó simple-

<sup>1</sup> El Dr. Pablo Moreau (de Tours) describe la aberración en estos términos un tanto oscuros: «La aberración constituye una derogación á las leyes que rigen la sensibilidad propia de los órganos y de las facultades. Entendemos designar con esta palabra aquellos casos en los cuales la observación hace constar un cambio contra naturaleza, excepcional y del todo psicológico, cambio que aporta una perturbación palpable en el funcionamiento regular de una facultad». (*De las aberraciones del sentido genésico*, 4.<sup>a</sup> edición, París 1887, pág. 1.)

mente un ser degradado y abyecto del cual la ocasión hace un ladrón, que vive en una promiscuidad horrible con sus hermanas ó sus hijas, etc., ó un criminal de hábito y de profesión. Ilustrado y en buena posición ó en una situación dominante, comete malas acciones que son propias de las clases superiores y no tienen por objeto la satisfacción de las necesidades materiales, sino otras concupiscencias. Se convierte en un Don Juan de salón y lleva sin vacilar la vergüenza y la desolación al seno de la familia de su mejor amigo; es captador de herencia, traidor hacia los que tienen confianza en él, intrigante, sembrador de discordia y embustero. A veces también se eleva hasta el gran carnicero que se sienta en el trono y hasta el conquistador universal; llega á ser, en estrechas condiciones, Carlos el Malo, conde de Evreux y rey de Navarra, Gilles de Rais, el prototipo de Barba-Azul, ó Cesar Borgia, y en más amplias condiciones, Napoleón I.<sup>o</sup> Si su sistema nervioso no es bastante fuerte para elaborar impulsiones imperiosas, ó si sus músculos son demasiado débiles para obedecer á semejantes impulsiones, todas sus inclinaciones criminales permanecen no satisfechas y no se gastan más que en su imaginación. El egotista pervertido no es entonces más que un malhechor platónico ó teórico, y si abraza la carrera literaria, inventará sistemas filosóficos para la justificación de su depravación, ó empleará una complaciente retórica en verso y en prosa para alabarla, acicalarla y presentarla bajo una forma todo lo más seductora posible. Nos hallamos entonces en presencia del diabolismo y del decadentismo literarios. Diabólicos y decadentes se distinguen de los criminales sencillamente en que los primeros se contentan con fantasear y escribir, mientras que los segundos tienen la resolución y la fuerza de obrar; pero tienen unos y otros este lazo común de ser unos y otros seres anti-sociales <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> « Los vicios de la organización psico-física, abriéndose paso por medio de actos prohibidos no solamente por la moral, este con-

Un segundo carácter de que participan entre ellos todos los egotistas, ya afirmen sus inclinaciones anti-sociales en pensamientos ó en acciones, como escritores ó como criminales, es su incapacidad para adaptarse á las condiciones en las cuales tienen que vivir. Esta falta de adaptabilidad es una de las singularidades más notables del degenerado y es para él la fuente de un constante sufrimiento y de una ruina final; pero resulta necesariamente de la constitución de su sistema nervioso central. La premisa indispensable de la adaptación es tener una noción exacta de los hechos á los cuales tiene uno que adaptarse<sup>1</sup>; no puedo evitar el atolladero del cami-

junto de las reglas necesarias elaboradas por la experiencia secular de las naciones, sino también por los Códigos penales, están en desacuerdo con la vida en la sociedad, en el seno de la cual únicamente la humanidad puede realizar progresos... Un hombre, desde su origen adaptado á la vida social, no puede adquirir semejantes vicios sino por consecuencia de ciertas condiciones perniciosas, que ponen sus medios psico-físicos en desacuerdo con las exigencias necesarias de la vida social». Drill. *Los criminales menores de edad*, citado por Lombroso en *Las aplicaciones de la antropología criminal*. París 1892, pág. 94. Véase también G. Tarde, *La Filosofía penal*, Lyon 1890, *passim*: «El loco moral no es un verdadero demente; una marquesa de Brinvilliers, un Troppmann, un ser nacido sin compasión ni sentimiento de vergüenza, ¿puede decirse de él que no es él mismo cuando comete un crimen? No; es él mismo, sin duda alguna; pero su ser, su persona son hostiles á la sociedad; no experimenta los sentimientos que nosotros, hombres civilizados, consideramos como indispensables. No hay que pensar en curarle ó mejorarle».

<sup>1</sup> El darwinismo explica la adaptación solamente como resultado de la lucha por la existencia y de la selección, que es una forma de esta lucha. En un individuo aparece por azar una cualidad que le hace más apto para conservarse y para vencer á sus enemigos, que los individuos nacidos sin esta cualidad. Encuentra condiciones de existencia más favorables, deja más numerosos descendientes que heredan esta cualidad favorable, y por la supervivencia de los más capaces y la desaparición de los menos capaces, la especie entera entra finalmente en posesión de la cualidad útil. No niego en modo alguno que una desviación individual fortuita del tipo de la especie, que se muestra como una ventaja en la lucha por la existencia, no pueda ser una fuente de transformaciones que tengan por resultado una mejor adaptación de la especie á las cir-

no, si no lo advierto; no puedo desviar el golpe que no veo venir; es imposible enhebrar un hilo en una aguja, si no se ve con claridad suficiente el ojo de la aguja

cunstancias dadas y que no pueden ser cambiadas. Pero no creo que dicho azar sea la fuente única ni aun la más frecuente de semejantes transformaciones. Me represento de muy otro modo el hecho de la adaptación; el ser vivo experimenta en una situación cualquiera sentimientos de disgusto á los cuales quiere sustraerse, sea por cambio de situación (movimiento, huida), sea tratando de obrar activamente sobre la causa de estos sentimientos de disgusto (ataque, modificación de las condiciones naturales). Si los órganos que posee el ser vivo y las aptitudes que éstos órganos han adquirido, no bastan ya para suministrar las reacciones estimadas necesarias y queridas contra los sentimientos de disgusto, los seres débiles se someten á su destino y sufren ó hasta perecen. Los individuos más vigorosos, por lo contrario, hacen violentos esfuerzos continuos para conseguir su propósito de huida, de defensa, de ataque, de supresión de los obstáculos naturales, imprimen fuertes impulsiones nerviosas á sus órganos para aumentar hasta el grado supremo su capacidad funcional, y estas impulsiones nerviosas son la causa inmediata de las transformaciones que dan á los órganos nuevas cualidades y les hacen más propios para hacer prosperar al ser vivo. Que la impulsión nerviosa tenga por consecuencia un aumento de la afluencia sanguínea y una mejor nutrición del órgano en juego, es un hecho biológico cierto. En mi sentir, pues, la adaptación es lo más frecuentemente no el resultado de cualidades adquiridas fortuitamente, sino un acto de voluntad; tiene por premisa la percepción y la apercepción claras de las causas exteriores de los sentimientos de disgusto y el vivo deseo de sustraerse á estos sentimientos de disgusto, ó bien el de procurarse sentimientos de placer, es decir un apetito orgánico. Su mecanismo consiste en la elaboración de una representación intensa de actos útiles de órganos determinados y en el envío de impulsiones adecuadas á esos órganos. Que semejantes impulsiones pueden modificar la estructura anatómica de los órganos, ya lo ha presentado Kant cuando escribía su tratado: *De la capacidad del pensamiento para dominar ideas enfermizas*, y la medicina moderna ha confirmado plenamente la cosa, mostrando que los estigmas de una Luisa Lateau, las curaciones de tumores sobre la tumba del diácono Pâris, las modificaciones aportadas por la sugestión sobre la piel de los histéricos, el nacimiento de manchas por impresiones ó emociones maternas, son el efecto de representaciones sobre los tejidos corporales. Se ha estado en un error al burlarse de Lamarck cuando pretendía que la girafa tiene un cuello largo porque lo ha alargado continuamente para poder alcanzar las cimas de los árboles elevados y comer sus hojas. Cuando el animal elabora la repre-

y si no se hace entrar el hilo con mano segura en el sitio preciso; esto es de tal modo elemental, que es apenas necesario decirlo. Lo que llamamos el poder sobre la naturaleza es de hecho la adaptación á la naturaleza; nos expresamos inexactamente cuando decimos que sometemos á nosotros las fuerzas de la naturaleza; en realidad, las observamos, aprendemos á conocer sus singularidades y nos arreglamos de manera que las tendencias de las fuerzas naturales y nuestros propios deseos coincidan. Construimos la rueda allí donde debe caer el agua en virtud de la ley natural y tenemos luego la ventaja que la rueda gira con arreglo á nuestra necesidad; sabemos que la electricidad sigue los hilos de cobre y la preparamos, con hábil apresuramiento, vías de cobre en la dirección en que queremos tenerla y en la cual su acción nos es útil. Luego pues, sin conocimiento de la naturaleza, no hay adaptación, y sin ésta, no hay posibilidad de aprovechar las propias fuerzas. Ahora bien, el degenerado no puede adaptarse, porque no tiene la apercepción clara de las circunstancias á las cuales tiene que adaptarse, y no obtiene de ellas una apercepción clara porque, ya lo sabemos, tiene nervios malos conductores, centros de apercepción obtusos y una débil atención.

La causa activa de toda adaptación, como de todo esfuerzo en general,—y la adaptación no es otra cosa más

sentación clara que tiene que alargar el cuello todo lo posible para llegar hasta un ramaje elevado, dicha representación influirá de la manera más fuerte sobre la circulación de la sangre en todos los tejidos del cuello, serán éstos nutridos de un modo muy distinto á como lo serían sin dicha representación, y las transformaciones deseadas por el animal se efectuarán seguramente poco á poco, si su organización general las hace posibles. El conocimiento y la voluntad son por consiguiente las causas de la adaptación—no la voluntad en el sentido místico de Schopenhauer, sino la voluntad dispensadora de impulsiones nerviosas. Que baste este esbozo al lector; no es éste el sitio de desarrollarlo más ampliamente y de demostrar con detalles cuán fecundas son estas ideas para la doctrina evolucionista.

que un esfuerzo de clase especial,—es el deseo de satisfacer una necesidad orgánica cualquiera ó de sustraerse á un disgusto. Dicho de otro modo, la adaptación tiene por objeto dar sentimientos de placer y disminuir ó suprimir los sentimientos de disgusto. El ser inadaptable está por esta razón, mucho menos que el normal, en estado de procurarse sensaciones agradables y apartar de sí mismo las sensaciones desagradables; se clava todas las espinas porque no sabe evitarlas y aspira en vano al fruto sabroso, porque no sabe arreglárselas para coger la rama de la cual pende. El egotista es el tipo del ser inadaptable; tiene pues necesariamente que padecer por causa del mundo y de los hombres; por eso el fondo de su ser es el mal humor y se revuelve con un disgusto rencoroso contra la naturaleza, la sociedad, las instituciones públicas que le irritan y le hieren, porque no sabe acomodarse á ellas. Está en un estado constante de rebeldía contra lo que existe, y trabaja para destruirlo ó por lo menos sueña con su destrucción. En un célebre pasaje, H. Taine indica el «amor propio exagerado» y el «razonamiento dogmático» como siendo las raíces del jacobinismo<sup>1</sup>;

<sup>1</sup> H. Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea. La Revolución*, t. II: *La Conquista jacobina*, París, 1881, págs. 10-12: «Ni el amor propio exagerado ni el razonamiento dogmático son raros en la especie humana. En todos los países, estas dos raíces del espíritu jacobino subsisten indestructibles y subterráneas. En todas partes están comprimidas por la sociedad establecida; en todas partes tratan de desquiciar los viejos sillares históricos que pesan sobre ellas con peso abrumador... A los veinte años, cuando un joven entra en el mundo, su razón, al mismo tiempo que su orgullo, se siente herida. En primer lugar, cualquiera que sea la sociedad en la cual está comprendido, es un escándalo para la razón pura; puesto que no es un legislador filósofo quien la ha construido con arreglo á un principio simple; son generaciones sucesivas quienes la han arreglado según sus necesidades múltiples y variables... En segundo lugar, por perfectas que sean las instituciones, las leyes y las costumbres, como le han precedido á él, él no las ha dado su consentimiento; otros, sus predecesores, han escogido en su lugar y le han encerrado por anticipado en la forma moral, política y social que l.s ha parecido bien. Poco importa si á él le disgusta; está

el primero lleva á despreciar y á rechazar las instituciones que se encuentra uno ya establecidas, que por consiguiente no ha inventado ni escogido uno mismo; el segundo, considera el edificio social como absurdo, porque no es «una obra de la lógica, sino de la historia».

Al lado de estas dos raíces del jacobinismo que Taine ha puesto de relieve, hay todavía otra, la más importante, que se ha sustraído á su atención: la inaptitud del degenerado para adaptarse á las circunstancias, cualesquiera que sean. El egotista está condenado por su naturaleza orgánica á ser un pesimista y un jacobino; pero las revoluciones que desea, predica y quizás realiza efectivamente, son estériles para el progreso; es como revolucionario lo que sería como barrendero de las calles una inundación ó un ciclón; no es un hombre que despeja el terreno con conciencia del objeto, sino un ciego destructor. Esto es lo que le distingue del innovador de espíritu claro, del revolucionario verdadero, que es un reformador y conduce de vez en cuando á la humanidad doliente y atascada, á través de penosos senderos, á un nuevo Canaán. El reformador derriba con una violencia implacable si es necesario, las ruinas que han llegado á ser un obstáculo para hacer sitio á construcciones útiles; el egotista se desata furiosamente contra todo lo que está edificado, que sea utilizable ó inútil y no piensa en allanar el terreno después de la devastación; su alegría es ver, allí donde antes se elevaban murallas y techados, montones de escombros invadidos por la mala yerba.

Esto ahonda un abismo infranqueable entre el revolu-

obligado á soportarla y es preciso que, como un caballo enganchado, marche entre dos varas bajo los arreos que le han puesto... Nada tiene de extraño si siente tentaciones de encabritarse contra marcos que de buen ó mal grado, le colocan en fila y en los cuales la subordinación será su destino... De ahí procede que la mayor parte de los jóvenes, sobre todo los que tienen que abrirse carrera, son más ó menos Jacobinos al salir del colegio: *es una enfermedad de crecimiento.*

cionario sano y el jacobino egotista. Aquél tiene un ideal positivo, éste no; aquél sabe qué objetivo persigue, éste no tiene ninguna idea de la manera como podrá mejorar lo que le irrita. Ni siquiera piensa tan allá, no se ocupa en modo alguno de saber lo que reemplazará las cosas destruidas; sabe tan sólo que todo le apena, y sobre todo quiere descargar su mal humor gruñón y confuso. De este modo es característico que la necia necesidad de rebeldía de este género de revolucionarios se revuelva con frecuencia contra males imaginarios, persiga objetos pueriles ó combata leyes precisamente sabias y bienhechoras. Aquí forman una «Liga contra el saludo quitándose el sombrero»; allí, se oponen á la vacuna obligatoria; otra vez, se sublevan contra el censo de la población; y tienen la ridícula audacia de emprender esas campañas ineptas con los mismos discursos y actitudes que ponen los verdaderos revolucionarios, por ejemplo, al servicio de la supresión de la esclavitud ó de la libertad de pensamiento!

A la incapacidad de adaptación del egotista se añade todavía con frecuencia la manía de destrucción ó clastomanía que se observa tan á menudo en los idiotas y los imbéciles y en algunas formas de la enajenación mental<sup>1</sup>. En el niño, el instinto de destrucción es normal; es la primera manifestación de la necesidad de poner en acción su fuerza muscular. No tarda, sin embargo, en despertarse el deseo de ejercer sus fuerzas, no ya destruyen-

<sup>1</sup> Sollier, *Psicología del Idiota y del Imbécil*, pág. 109. «Existe aún en los idiotas otro instinto que se encuentra, por lo demás, en cierto grado en los niños normales: es el afán de destruir que en todos los niños se muestra como primera manifestación de su motricidad, bajo forma de necesidad de golpear, de romper, de destruir... En los idiotas estas tendencias están todavía mucho más acusadas... No es lo mismo en los imbéciles; su espíritu malicioso ó maléfico continúa empujándolos á destruir, no ya con el objeto de gastar sus fuerzas, sino con el propósito de perjudicar. Lo que buscan es una satisfacción malsana.»

do, sino creando. Ahora bien: el acto de crear tiene una premisa psíquica: la atención; faltándole ésta al degenerado, el instinto de destrucción, que puede ser satisfecho sin atención, por movimientos desordenados y fortuitos, no se eleva en él hasta el instinto de creación.

Así pues, el descontento como consecuencia de incapacidad de adaptación, la falta de simpatía hacia sus semejantes por consecuencia del débil poder de representación, y el instinto de destrucción como resultado de la detención de desarrollo intelectual, dan todos juntos el anarquista que, según el grado de sus obsesiones, se limitará á escribir libros y pronunciar discursos en reuniones populares, ó recurrirá á la bomba cargada de dinamita.

En su punto extremo de desarrollo, en fin, el egotismo conduce á esa locura á lo Calígula, en la cual el desequilibrado se ufana por ser «un león riante», se cree por encima de todas las reglas de la moral y de la ley y desea que la humanidad entera tuviera una sola cabeza para poder aplastarla.

El lector que me ha seguido verá claramente en adelante, así lo espero, lo que atañe á la psicología del egotismo. Como ya lo hemos notado, la conciencia del «yo» nace de la sensación de los procesos vitales en todas las partes de nuestro cuerpo, y la concepción del «no-yo», de las transformaciones en nuestros órganos sensoriales. Cómo de una manera general llegamos á la concepción de la existencia de un «no-yo», es lo que hemos expuesto en detalle más arriba; es pues inútil repetirlo aquí. Si queremos abandonar el terreno firme de los hechos absolutamente establecidos y aventurarnos sobre el suelo un tanto vacilante de las hipótesis verosímiles, podemos decir que la conciencia del «yo» tiene su base anatómica en el sistema del gran simpático, y la representación del «no-yo» en el sistema cerebro-espinal. En el hombre sano la percepción de los hechos vitales interiores no se

eleva por encima de los umbrales de la conciencia; el cerebro recibe sus excitaciones mucho más de los nervios sensoriales que de los nervios del gran simpático; en la conciencia la representación del mundo exterior prevalece pues con mucho sobre la conciencia del «yo». En el degenerado los hechos vitales internos están enfermizamente aumentados ó se verifican anormalmente y son en consecuencia constantemente percibidos por la conciencia; ó bien los nervios sensoriales son obtusos y los centros de apercepción débiles y perezosos; ó bien aún estas dos desviaciones de la norma existen simultáneamente; el resultado, en los tres casos, es que la noción del «yo» está representada en la conciencia con mucha mayor fuerza que la imagen del mundo exterior. El egotista, consiguientemente, no conoce ni comprende bien el fenómeno del mundo. La consecuencia de esto es la carencia de interés y de simpatía y la incapacidad de adaptarse á la naturaleza y á la humanidad. La ausencia de sentimiento y la incapacidad de adaptación, con frecuencia acompañadas de aberración de los instintos y de impulsiones, hacen del egotista un ser anti-social. Es un loco moral, un criminal, un pesimista, un anarquista, un misántropo, y todo esto solamente en sus pensamientos y sus sentimientos, ó también en sus actos. La lucha contra el egotista enemigo de la sociedad, su expulsión del cuerpo social, son una función necesaria de éste, y si no es capaz de cumplirla, es una señal de fuerza vital que se agota ó de enfermedad grave. Tolerar y sobre todo admirar al egotista teorizante ó practicante, es por decirlo así, aportar la prueba de que los riñones del organismo social no cumplen su función, que la sociedad padece la enfermedad de Bright.

En los capítulos que siguen estudiaremos las formas bajo las cuales el egotismo se manifiesta en literatura, y hallaremos ocasión de tratar con detalle muchos puntos que bastaba con indicar aquí.